

lor ni sabor, ni olor.—¿Por qué hablaba así? Porque estaba acostumbrado al color negruzco de los jarabes de Cuisinier ó de Nerbrun, al olor de las pildoras alcanforadas, y de la assa-fétida, y al amargo de la quina ó del sulfato de quinina.

Lo digo aún, y no temo repetirlo; en nuestro siglo, y en las Escuelas materialistas, es preciso medicamentos materiales, visibles, palpables, que hablen á los sentidos, y si son incapaces de curar, es preciso, cuando menos, que hieran á la imaginación.

Y todas las Escuelas piensan lo mismo, la Escuela de Montpellier como las demás; vitalista en su enseñanza, es materialista en su práctica; conducta ilógica, como la que más, inconsecuencia que pide una reforma á grandes gritos. Así, ¿qué pasa todos los días? Que las enfermedades más comunes que se llevan á los consultorios de los médicos homeópatas, son enfermedades medicinales, es decir, enfermedades engendradas, ya por el fierro, ya por el iodo, ya por el mercurio, etc. Entonces ¿qué es necesario hacer? Demoler y escombrar, antes de edificar de nuevo, y deplorar la salud, el tiempo y el dinero perdidos.

La «polifarmacia» consiste en saber aprisionar varios medicamentos en una «poción» ó en unas pil-

doras, etc., y añadir todavía á esos medicamentos, otros varios medios.

Un médico alópata es llamado para asistir á un enfermo que presenta los síntomas siguientes: dolor de cabeza, debilidad de estómago, falta de apetito, deseos de vomitar, constipación, algunos botones hemorroidales que no sangran y que hacen sufrir mucho.... detengámonos, ya es bastante.

Prescripción: Desde luego, una pequeña sangría exploradora, no puede hacer gran mal, seguramente ella disminuirá la masa de la sangre, y tal vez extinguirá la fiebre si la hay; algunas sanguijuelas en el ano descargarán los vasos hemorroidales, y calmarán los sufrimientos; por tarde y mañana, el enfermo tomará una pildora en la cual entrarán los medicamentos siguientes: un poco de quina para fortificar el estómago y despertar el apetito; un poco de subnitrito de bismuto para modificar los conatos de vomitar, un poco de aloes para disolver la constipación, y un poco de belladona para disipar el dolor de cabeza. En el día, un preparado blanco ó aceitoso, tomado por cucharadas, en el intervalo de las pequeñas comidas, «si el enfermo no es sometido á dieta,» etc. ¿Puede llamarse á esto medicina?... ¿No es más bien una explotación patentada?

Así, veis que cuando el alópata

interviene, hace muchas cosas á la vez; ¿quien sabe si, además, no prescribirá lavativas, fricciones, pomadas, emplastos, vegigatorios?....

Todo esto se parece, verdaderamente, á un cuento hecho al calor de la chimenea, pero desdichadamente, nada es más real. Admiraos después de esto de las pequeñas malicias, y de las sátiras tan finas y tan espirituales de nuestro Moliere, contra la medicina y los médicos.

Esto me recuerda que el célebre Corvisart, médico de Napoleón, casi siempre de un humor cáustico, reía á menudo de los consultantes y de las consultas. Cuando un médico quería emplear muchos remedios, y de los más activos, le decía con seriedad irónica:—«Caro colega, tranquilizaos, tenemos el «catholicon» doble, á todos los grados, y nos serviremos de él.» Si, por el contrario, era un médico tímido y sin opinión positiva:—«No os inquietéis, le decía, daremos al enfermo una «fresa machucada,» y desleida en un gran vaso de agua.»

Y, ¿qué diriais si os hablase de los medicamentos compuestos? tan compuestos... que encierran ellos solos, la mitad de las substancias medicas. Me acuerdo que en Montpellier, en su curso de materia médica, nuestro profesor, hablándonos de la triaca, fatigado al fin de

citarnos las substancias que entran en su composición, nos dijo resumiendo:—tomad un poco de cada uno de los remedios que pueda poseer una botica, mezcladlos todos juntos, y tendréis la triaca.—Y sin embargo, «este algo» tan compuesto, se emplea todos los días.

Es preciso confesar que todas esas fórmulas múltiples, que todas esas recetas universales, son ricas y grandes en consuelos. En efecto, ¿qué cosa es el tratamiento de una enfermedad? Es un sitio en toda regla. El médico es el general, á él toca dirigir todo el plan estratégico, y para operar el bombardeo de la plaza tiene todas las probabilidades de éxito. Jamás se sirve de la simple fusilería, que no puede enviar más que una sola bala, esto muy simple, muy tonto, muy lento, y no bastante mortífero. No emplea sino grandes cañones de grueso calibre, y todos cargados con metralla, y entonces, está seguro de obtener algo.

Ahora bien, no conozco nada más apropiado para desenmascarar la incertidumbre, y para poner de manifiesto toda la impericia de la doctrina alopática, que lo que hemos llamado la polifarmacia.

El médico colocado ante todos esos síntomas, se halla muy embarazado, preciso es confesarlo. ¿Qué partido tomar? No hay más que

uno, pero es difícil de conocer, y entonces, los toma todos. Ignorando la verdadera ruta, se empeña en todas, y sus pasos inciertos tienen que extraviarse. Queriendo dirigir, á la vez, varias fuerzas de intensidad y direcciones diferentes, no puede jamás obtener la resultante. Ordena á tal remedio ir á la cabeza, á otro, detenerse en el estómago, á éste ir al brazo, á aquél á las piernas. etc., y recomienda mucho á cada uno seguir las órdenes y, sobre todo, no perturbar á su vecino. Me veo tentado á comparar este pobre médico, á un domador de fieras, que después de enguarnecer á á todos sus animales, tomando con una mano, el látigo, y con la otra, todas las riendas, quisiera dar á todas sus bestias, la misma dirección y la misma velocidad.

EXPERIENCIA DE LAS CURACIONES.—Esto significa que los médicos administran sus remedios, y fabrican sus fórmulas, conforme á la experiencia de los demás ó á la suya propia, y según tales ó cuales éxitos, tal ó cual curación, etc.

Pero, desdichadamente, esas experiencias son siempre engañosas, porque descansan en teorías ficticias, y esas curaciones siempre son dudosas, porque están rodeadas de nubes de la más triste incertidumbre.

Cada médico emplea tal fórmu-

la, contra tal enfermedad, porque su colega, más ó menos instruido, más ó menos célebre, acaba de preconizarla. Pero aun suponiendo que esta fórmula haya tenido éxito, en tal ó cual caso, todas las experiencias subsecuentes, para hallarse en el mismo radio de éxito, ¿no deben ejercerse en la misma esfera, hacerse en vista de la misma constitución atmosférica, el mismo temperamento, el mismo sexo, la misma edad, etc.? He aquí también por qué se explica la desaparición de todas esas fórmulas; he aquí por qué todas esas panaceas terapéuticas cintilan un momento en el firmamento de la moda, y se desvanecen como estrellas fugaces.

He dicho, la moda; es preciso que sepáis, en efecto, que en medicina también, se hacen y se siguen modas; en los cancanes y agiotajes de la medicina, la moda extiende también su imperio, y ejerce, como en todas partes, los caprichos de su despotismo.

Consiento en suponer, que con la ayuda de tal ó cual fórmula, que contenga tres, cuatro, seis... remedios, y saliendo de vuestro crisol, ó del de vuestro colega, ó de los cartones de la moda, obtengáis uno ó varios éxitos, en tal ó en cual enfermedad, ¿habréis adquirido por esto más certidumbre en vuestra

terapéutica? Habréis hallado el hilo de Ariadna? Ah! no; en vez de un solo hilo, tendréis varios, y erraréis en el laberinto, no sabiendo hacia que salida dirigir vuestros pasos inciertos.

Si no hubierais empleado más que un solo medicamento, tendríais la convicción que él es el que cura á vuestro enfermo; pero como habéis empleado varios, estáis en la imposibilidad de saber á cuál se le deben atribuir los honores de la curación. Me diréis que es preciso atribuirlo al conjunto de los medicamentos? Os responderé, que estáis en la más engañosa ilusión; porque diez y nueve veces, en veinte, no podríais obtener los mismos resultados, y continuamente os premuntaríais, por qué y cómo vuestras armas se enmohecen, vuestras baterías son impotentes, y vuestros proyectiles no dan en el blanco.

He aquí precisamente la razón del desaliento de muchos prácticos; he aquí la razón de la duda, debería decir de la incredulidad, que aleja y agita á los espíritus; he aquí, en fin, la razón de esas confesiones que revelan toda la pobreza, toda la debilidad y la nada de la doctrina alopática.

Si quisiera abusar de la muy hermosa posición en que nos han colocado las confesiones públicas de nuestros adversarios, podría poner

de manifiesto las citas más comprometedoras; pero quiero ser discreto, y no traer á vuestro conocimiento, sino algunas confesiones que, aunque muy imprudentes, son de las menos escandalosas.

El Dr. Girtarner, uno de los héroes de la falange alopática, dijo, á propósito de la confusión de la terapéutica:

«En atención á que el arte de curar no tiene ningún principio positivo, que nada tiene de fijo ni de probado; que la experiencia no tiene sino poco valor; el médico tiene el derecho de seguir sus opiniones. Ahí, en donde no se trata de ciencia, una hipótesis vale tanto como otra. En las tinieblas egipcias de la ignorancia en la que los médicos se agitan, no hay el más débil rayo de luz, por cuyo medio puedan orientarse.»

He aquí una especie de problema resuelto por el Dr. Munaret, y elocuente como una cifra:

«Multiplicando, dice, la serie de años transcurridos, desde el primero de la Olimpiada 80, hasta 1840, por la de las existencias médicas que se han sucedido desde Hipócrates hasta nosotros, se obtiene un total de varios millones de años; pues bien, esos millones de años de estudios, de ensayos, de discusiones, ¿qué han traído á la medicina? Una verdad

•por mil errores. Tiempo perdido
•en soñar presuntuosos é insensa-
•tos sistemas; tiempo perdido, en
•propagarlos; tiempo perdido en
•creerlos y en experimentarlos;
•tiempo perdido, en combatirlos;
•tiempo perdido, en resucitarlos ba-
•jo otro nombre, etc. ¡Oh! ¡cuánto
•tiempo perdido!»

«La ciencia no está hecha,» dice
en nuestros días, el Sr. profesor
Bouchardat, «ella está, por decirlo
así, toda por edificar.»

M. Valleix, médico de La Piedad,
exclama, después de haber exami-
nado los mil sistemas de medicina,
que han nacido y muerto desde
Hipócrates hasta nuestros días:
•¡Cuántas decepciones se experi-
mentan al ver tantos estudios, vi-
gilias, talento gastados para obtener
tan débiles resultados! ¡Cuántos
errores, por tan pocas verdades!..»

Escuchad todavía á uno de los
grandes maestros, M. Fodera, miem-
bro de la Academia de Paris:

•Se sorprende uno, dice, de
•tanta diferencía en la manera
•de considerar las enfermedades, y
•de tantos tratamientos. Los unos,
•más atrevidos, administran dosis
•de medicamentos heróicos, (me-
•dicamentos ó dosis, de los que el
•vulgo dice irreverentemente: si el
•enfermo no muere, sanará); los
•otros, más tímidos, no se atreven
•á obrar, esperando con paciencia,

•los días críticos (tila, malva, sauco,
•etc.); otros, se divierten practican-
•do la polifarmacia: uno, ordena
•purgantes; otro, emético; un ter-
•cero, hace siempre sangrar, el cuar-
•to hace desempeñar al calomel, el
•papel de una panacea universal.
•Todo lo que se llama práctica es,
•en el fondo, una mezcla capricho-
•sa de los restos añejos de todos los
•sistemas, de hechos mal vis-
•tos ó mal observados, ó de ruti-
•nas transmitidas por nuestros pa-
•dres... Ahora bien, si la ciencia sir-
•ve para dirigirnos en la práctica,
•¿qué cosa es una ciencia que im-
•pele á cada uno de sus adeptos
•en rutas diversas y frecuentemen-
•te opuestas?... Felizmente para el
•amor propio de los unos y la se-
•guridad de los otros, cada médi-
•co cree tener la buena doctrina,
•y cada enfermo cree tener un
•buen médico. Todo pasa óptima-
•mente en el mejor de los mun-
•dos.»

Escuchad aún, ál ilustre Brous-
sais; siempre me complazco en ci-
tarlo, porque su palabra hace auto-
ridad para nuestros adversarios:

•Que se pasee la vista sobre la
•sociedad, dice, para ver en ella á
•esas fisonomías melancólicas, á
•esos rostros pálidos ó cenicien-
•tos que pasan su vida entera es-
•cuchando á su estómago digerir,
•y á quienes los médicos hacen to-

•davía la digestión más lenta y más
•dolorosa, con alimentos succulentos,
•vinos generosos, tinturas, elixires,
•pastillas, conservas, hasta que las
•víctimas sucumben por la diarrea,
•por la hidropesía ó el marasmo.
•Que se observe á esas tiernas cria-
•turas, apenas salidas de la cuna,
•cuya lengua se seca y enrojece,
•cuya mirada, comienza á expre-
•sar la languidez, cuyo abdómen
•se eleva y se pone ardiente, cuyo
•corazón precipita sus pulsaciones,
•bajo la influencia de elixires amar-
•gos, de vinos antiescorbúticos, de
•jarabes sudoríficos, mercuriales,
•depurativos, que deben conducir-
•los á la consunción y á la muerte.
•Que se examine atentamente, á
•esos jóvenes de un color brillante,
•llenos de actividad y de vida, que
•comienzan á toser, y en quienes
•se decuplica la irritación, por los
•vegigatorios, el liquen, la quinina,
•hasta que la pertinacia de los acci-
•dentes los hace declarar atacados
•de tuberculosis innata, y asociar á
•la numerosas víctimas de la enti-
•dad, calificada con el nombre de
•tisis pulmonar. Y que se diga en
•seguida, si la medicina no ha sido
•hasta aquí más nociva que útil á
•la humanidad.»

Voy, en fin, para cerrar estas ci-
tas, que he compendiado lo más
posible, á leerlos la primera página
de la Memoria de M. Marchal (de

Calvi), sobre la discusión suscitada
en la Academia de Medicina, á pro-
pósito de la revulsión. Escuchad
bien, porque vale la pena:

•..... Ya no hay en Medicina, y
desde hace mucho tiempo, •ni
principio, ni fé, ni ley.

•Construimos una torre de Ba-
•bel, ó más bien dicho, no cons-
•truimos nada; estamos en un vas-
•to llano por donde cruzan multi-
•tud de gentes, estos llevando la-
•drillos, aquellos guijarros, y otros
•granos de arena; pero nadie pien-
•sa en el cimientó; en ninguna
•parte el terreno está cavado para
•recibir los fundamentos del edifi-
•cio, y, en cuanto al plan general,
•de la obra, no hay ninguno esbo-
•zado.

•En otros términos, las coleccio-
•nes hormiguean de hechos, de los
•que, la mayor parte, se reprodu-
•cen periódicamente, con la más
•fastidiosa monotonía, y se llaman
•hechos de observación, •hechos
•clínicos; una multitud de traba-
•jadores, vuelven y revuelven las
•cuestiones particulares de patolo-
•gía ó de terapéutica, y se llama
•á esto, •trabajos originales.» La
•cantidad de esos trabajos y de esos
•hechos, es enorme, á tal grado,
•que no hay lector que pueda bas-
•tar á ello; pero nadie tiene doctri-
•na general.»

«LA DOCTRINA MÁS GENERAL QUE EXISTE ES LA DOCTRINA HOMEOPÁTICA. ESTO ES EXTRAÑO Y DOLOROSO; ESTO ES UNA VERGUENZA PARA LA MEDICINA, PERO ASÍ ES.»

Ahora bien, todas esas confesiones han salido de la boca, ó de la pluma de hombres eminentes, que absolutamente son homeópatas, «¡pensadlo bien!» M. Marchal, sobre todo, tiene cuidado de declarar

que «él no se constituye defensor de la Homeopatía.»

¿Qué diría, pues, si fuese de los nuestros?

Conclusión:

La conclusión es fácil.--Habeis visto ese templo en donde soplan todos los vientos, esta torre de Babel, en donde se verificó y continúa aun la confusión de las lenguas; he aquí á la doctrina ALOPÁTICA.

SEPTIMA CONFERENCIA

TEMPLO HAHNEMANNIANO

—o—

Entremos ahora al templo hahnemanniano. El también es tan antiguo como el mundo, él también presenta ese color de vestustez, que impone la veneración, y sus muros, más sólidos que los de nuestros monumentos antiguos, pueden desafiar á todo elemento de destrucción.

Ese templo no presenta más que una sola puerta, ninguna otra abertura traspasa sus partes laterales, así los vientos no pueden jamás venir á disputarse, y la calma y el silencio reinan siempre en ese santuario.

En ese santuario hay un altar, y sobre ese altar está sentada una divinidad; pero esta divinidad siempre es la misma. Ella ha nacido en ese templo, de un rayo de la verdad, y hasta el fin de nuestros días, al abrigo del soplo y de las agitacio-

nes del politeísmo, permanecerá sola, y ella sola recibirá el incienso de sus adoradores.

Esta alegoría os explica, casi toda la doctrina hahnemanniana, perfectamente lo habéis comprendido.

Aquí, en efecto, nada de ondulaciones sistemáticas, nada de choque de opiniones diversas, nada de disputas de escuelas divergentes. Ningún ruido de afuera viene á turbar el silencio de ese santuario sagrado, ningún soplo caprichoso viene á arrugar la superficie de una teoría tan uniforme, ninguna turbulenta ambición viene á cambiar ni una sola piedra á este edificio monumental.

Aquí se muere, porque la muerte está en todas partes. Ha sido decretado que «moriremos una sola vez,» y la Homeopatía no hace milagros; pero ella tiene, al menos,